

LO QUE GENERALMENTE SE OLVIDA

La formación personal

Extracto de un folleto publicado en 1971 por
el contraalmirante Donald Mac Intyre G.,
Armada de Chile

La juventud chilena idealista y ansiosa de servir a su Patria tiene que meditar seriamente en el porvenir, porque de estos jóvenes de hoy depende el futuro de Chile. Si los ciudadanos son ineptos, irresponsables, flojos y amorales nada bueno puede esperarse del futuro.

La grandeza de los pueblos la forman sus ciudadanos y por eso es indispensable que el joven de hoy se preocupe de su formación personal, sea responsable, disciplinado y cumplidor de sus deberes. Ojalá sea además un buen deportista. Sin estas cualidades mínimas no se puede mirar con optimismo el futuro.

Recuerde siempre que los países cuyos ciudadanos son indisciplinados, irresponsables y sin moral, terminan por ser absorbidos por otros más fuertes; de ahí que el futuro depende tanto de la formación personal que hoy se le dé a la juventud. Tenga presente que la formación personal que el país requiere de sus ciudadanos no se obtiene en un día, sino a través de los años y con sacrificios y exige una fuerte voluntad. La formación personal necesita que el individuo se acostumbre a cumplir con su deber, siempre difícil, ser amable con sus conciuda-

danos, no hacer daño a nadie, cumplir con las leyes, tener el valor moral para defender lo justo y decir en toda ocasión la verdad.

En todos los pueblos son las fuerzas del espíritu las que realmente mueven la nación —son en realidad el nervio que anima e impulsa al país—. Las fuerzas del espíritu están llamadas a crear y abrir nuevos caminos para la Patria. Sin espíritu nada se logra. Cuando las cosas se hacen solamente por una esperada remuneración, ésta nunca será suficiente para que el progreso sea efectivo; en esto hay que ser más patriota e idealista.

Al tratar de la formación personal tén-gase presente que la paz es la perfección de la vida, pero para mantenerla necesítase movilizar todas las fuerzas del espíritu para sobreponerse a los problemas que cotidianamente se presenten —la paz no se logra sin sacrificios—, como tampoco la libertad que hemos heredado se mantiene sin luchar constantemente por conservarla. La libertad debe emplearse para fines nobles y superiores de la comunidad y no para envilecer o degradar al prójimo.

La vida de placeres sin responsabilidades no es lo que la Patria necesita. Trate de ser un gran ciudadano y no una persona que sólo procura gozar de la vida. Sirva a su Patria y servirá a sus semejantes.

Cuando el hombre dedica sus esfuerzos únicamente para obtener bienes materiales, su misión es limitada y no sirve a la comunidad.

El carácter

El carácter es la fuerza motriz que decide al pensamiento a transformarse en acción y luego lo impulsa hasta su completa realización. Existe una analogía entre el carácter y el dominio de sí mismo.

El carácter está constituido por tres elementos fundamentales: la fe, la decisión y la perseverancia.

La historia nos muestra que los hombres que inician una obra sin fe en un ideal superior, por muy equilibrada y poderosa que sea su mentalidad no harán gran cosa si carecen de la fe en el éxito de sus empresas y no la concretan en la decisión de su voluntad. Por eso el hombre debe acostumbrarse a confiar en sí

mismo y tener fe en su propia valía cuando se ve en circunstancias críticas. Esto no quiere decir que no se consulte a las personas de más experiencia. Pero lo peor que puede suceder es perder la fe y el ciudadano se transforme en un indeciso.

La decisión en la vida tiene una importancia capital, pero para que ésta no provoque más mal que bien debe ser meditada cuando haya tiempo para ello, como también debe ser modificada si se encuentra que es así más conveniente. Lo peor sería mantener una determinación que se sabe equivocada; no se confunda la firmeza de carácter con la testarudez, defecto grave que debe ser evitado.

Un caso muy generalizado es aquel en el cual los alumnos de un colegio deciden ir a una huelga; la realidad es que una persona determinada es quien decide esto y hace llegar su resolución a los demás tan rápidamente, que sin darse ellos cuenta, se transforma en decisión colectiva.

Para oponerse a esto se necesita no sólo carácter sino valor moral, pues alguien tiene que recordar a los demás que sobre esa resolución hay otra más importante, el deber.

Acuérdese que ese alguien a quien nadie ha dado autoridad, le está ordenando desobedecer a sus superiores legítimos y Ud., que tanto se enorgul'ece de ser hombre libre, está cumpliendo órdenes de quien no tiene la autoridad moral para darlas. ¿Cómo explica esta sumisión o servilismo hacia quien no tiene por qué dirigirlo?

Por eso deberá preocuparse de fortalecer su carácter y esto se consigue cumpliendo con su deber. Su formación le exige cumplirlo y sólo así será grande y respetado. ¿Por qué otros lo van a respetar si Ud. no respeta a sus legítimos superiores?

La perseverancia es la cualidad que provee la energía suficiente para no desmayar en la labor comenzada hasta llegar a su completa realización. Si no persevera en el estudio no llegará a la meta que se ha trazado. Los flojos y los que no tienen paciencia no pueden ser perseverantes porque la energía que se necesita para llevar adelante las obras más difíciles se gasta inútilmente en vencer la propia inercia.

Si Ud. tiene carácter, demuéstrela dejando, por ejemplo, de fumar. Si Ud. no es capaz de dejar el cigarrillo es porque no tiene fuerza de voluntad y esto es lo grave porque no es el fumar lo serio, sino que se va debilitando cada día más su voluntad que tanto necesita en la vida. Se le prohíben muchas cosas, las cuales Ud. estima sin importancia, y en esto puede tener algo de razón, pero la prohibición en parte tiene por objeto que la persona se autodiscipline, fortaleciendo así su voluntad. No olvide que poseer carácter sin entereza, de nada sirve a la comunidad.

La moral

La moral en una de sus acepciones es la fuerza que impulsa al hombre hacia todo lo honorable y correcto.

El valor de la moral en un individuo se aprecia por la fuerza y la constancia con que lleva a la práctica sus decisiones, diciéndose que un hombre posee una alta moral cuando en él, lo digno, lo recto y lo justo imponen constantemente su doctrina sobre lo incorrecto y poco noble.

En el hombre que posee una alta moral no tendrán aceptación ni lo indigno, lo incorrecto, ni lo innoble; conducta que hará de él un valioso elemento como persona humana y ciudadano, meta a la cual se debe aspirar.

Hay fuerzas destructoras que tratarán de envilecer al ciudadano y destruirle su moral: ellas son el egoísmo, la envidia, la venganza, el orgullo y la ambición desmedida. Apártese de estas fuerzas demolidoras y fortalezca constantemente su moral.

Recuerde que los moralmente fuertes no mienten. La mentira no es más que una forma de robo moral. La forma más común de mentir es la provocada por la cobardía moral.

La verdad —en el pensamiento y en la acción— es el más alto de los atributos morales.

La moral cristiana exige renunciamientos, pero siempre para el bien de toda la comunidad.

La moral cristiana es positiva, es fraternal, es servicio al prójimo.

El honor

Todo hombre con una moral elevada posee también en un grado de desarrollo similar un sentimiento que inclina a cuidar con especial celo el prestigio de su propia personalidad. Este sentimiento es el honor.

Esta cualidad es una mezcla de dignidad y de valor: de dignidad porque exige estar en posesión de un exacto sentido moral sobre lo que es honrado y aceptable para el prestigio de la personalidad; y de valor porque muchas veces se requerirá afrontar peligros, morales o materiales, para mantener los dictados del respeto de sí mismo.

Ricardo León, el célebre escritor español, autor de la obra "Casta de Hidalgos", decía así:

"El honor, hijo mío, es una obligación viva y presente en la conciencia que nos inclina al cumplimiento del deber. Es la virtud por excelencia, porque en sí contiene a todas. El honor está por encima de la vida, de la hacienda y de cuanto existe en el mundo, porque la vida acaba en la sepultura, y la hacienda y las cosas que poseemos son bienes transitorios, mientras el honor a todo sobrevive, trasciende a los hijos y a los nietos y a la casa donde se mora, y a la tierra donde se nace y a toda la humanidad, y finalmente, como un eterno aroma de virtud, el honor es el patrimonio del alma, el depósito sagrado que Dios nos confía al nacer y que habremos de devolver intacto al morir; es la rectitud del juez, el heroísmo del soldado, la fidelidad de la esposa, los votos del sacerdote, la santidad de los juramentos, la obediencia a las leyes, el respeto de la opinión...".

"Es una cosa tan grande, hijo mío, y tan hermosa, que por ella, no lo ovides nunca, se sacrifican la vida, la hacienda y las afecciones más hondas del corazón".

"Si algún día cuando seas hombre, vires tu honor en peligro, acuérdate de tu abuelo, acuérdate de aquel caballero de Tarifa, que echó el cuchillo para matar a su hijo antes que entregar la plaza que tenía por la Patria y por el rey".

Los hombres de honor no adulan —tal acción les desagrade—, desean sencilla-

mente justicia, equidad y un trato justo, pero humano.

El general O'Higgins en la batalla de El Rob'e dio el ejemplo al expresar: "Vivir con honor o morir con gloria", puntualizando así que el honor era lo más importante.

La disciplina

La disciplina es el sometimiento voluntario a un orden establecido, es el cumplimiento voluntario de las leyes y reglamentos y además una demostración externa donde se controla la voluntad para someterse al bien de la comunidad; es en realidad, no un servilismo, sino un deber del hombre libre.

El hogar, las empresas, las escuelas, la administración pública, las instituciones armadas y hasta los partidos políticos, marcharán al derrumbe más completo si a sus miembros les falta el espíritu de disciplina.

La armonía y el orden son condiciones indispensables de la belleza y aún de la existencia de las cosas. Dios mismo ha impreso a su obra de la creación el sello del orden absoluto y como de una disciplina universal. El orden de la naturaleza estriba en la obediencia. Obedece el mar al influjo de la luna y de los vientos, obedecen las estaciones del año al influjo del sol; todos los sistemas planetarios obedecen estrictamente a las leyes impuestas por el Creador. El cuerpo humano nos brinda también un ejemplo de subordinación, con la cual todos los órganos contribuyen de maravillosa manera al orden, belleza y armonía del conjunto.

La disciplina es necesaria en todo orden de cosas y puede decirse que constituye la esencia y la razón misma de la existencia de una nación. Puede decirse que la disciplina es la obediencia inteligente que modela la independencia de muchos individuos para servir al bien común. Si en un día se terminara la disciplina de los conductores de vehículos se vería el desorden más absoluto. En cambio si se fortaleciera este concepto casi no habría accidentes del tránsito.

Nadie puede exceptuarse del cumplimiento de las leyes porque en la vida nadie se gobierna según el capricho de su voluntad. El principio de la autoridad ha sido establecido, acatado y respetado des-

de el comienzo de la vida de la humanidad por los individuos de todas las edades, de todas las regiones, y de todas las civilizaciones, desde los pueblos más bárbaros y atrasados hasta los más civilizados y adelantados. Cuando desaparece el respeto a la autoridad establecida, que se basa en el derecho y la moral, viene el caos, se destruye el orden y la historia nos demuestra que ese desorden permite a veces que se imponga una autoridad dictatorial que termina por ser una tiranía; la disciplina deja de ser un deber del hombre libre, se cumple sólo por temor.

El sometimiento inteligente a la autoridad es el verdadero concepto de la disciplina, que por cierto no es humillación de la voluntad ni apocamiento de la personalidad, sino un ideal superior que se traduce en el elevado concepto de cumplir con el deber.

No podría concebirse un ejército sin disciplina. La potencia de las armas, la grandeza numérica de una escuadra, una gran fuerza aérea, el valor indomable y el arrojo temerario de sus componentes todo sería absolutamente nulo si falla la disciplina. La indisciplina corroe la moral de los hombres.

Pero la falta de disciplina no sólo afecta a los hombres en el combate, ella es indispensable en todas las actividades de la vida nacional. Los subordinados o dirigidos, cualquiera que sea la naturaleza de la actividad que desempeñan, exigen de sus jefes inteligencia, carácter y abnegación y cuando estas cualidades no existen, produce desconcierto y malestar, pues a los hombres les agrada ser mandados por jefes de cualidades superiores que no sólo sean justos sino resolutivos y capaces. Los hombres indecisos y sin carácter no están llamados a dirigir a nadie.

Las huelgas que se producen en el país, aun siendo justas, pueden tener su origen, entre otras, en algunas de estas dos causas: poca habilidad de quien dirige o escaso sentido del deber de parte de los afectados; corresponde investigar cuáles son las causas para corregirlas, pues sus efectos perjudican a todos los chilenos.

El país no logrará jamás la superación nacional que todos anhelan si no se convence cada cual que sólo con disciplina, cumplimiento del deber y con el mejor

ejemplo de las personas llamadas a dirigir, se podrá influir en las juventudes que tanto esperan de nuestro Chile, quien pese a sus fallas, debe convertirse en la nación vigorosa, feliz y próspera que le corresponde ser.

La subordinación

La subordinación es la obediencia leal e inteligente que se debe a la persona de quien se depende. La obediencia ha sido, es y será siempre necesaria en la totalidad de las actividades y aspectos de la vida —es la obediencia que el subalterno debe al superior—; así lo comprueba la historia de todos los pueblos; es la obediencia al jefe encargado de señalar los rumbos o de hacer cumplir las leyes y demás disposiciones que estaban destinadas a permitir una vida ciudadana ordenada y respetable.

La obediencia se practica a cada instante y es parte de la disciplina; así, en el hogar es el padre quien manda; en una faena de obreros, el capataz; en una escuela, el profesor; y abreviando los infinitos ejemplos de este género, basta recordar que tampoco nadie se sustrae a la obediencia y acatamiento absoluto que en todos los países del mundo se deben a las leyes establecidas. ¿Hay alguien sobre la Tierra que no tenga que obedecer algo? La obediencia en un país democrático y libre, como lo es el nuestro, no ha sido nunca un servilismo sino una demostración del sentido de responsabilidad del ciudadano que cumple las órdenes con lealtad e inteligencia para el bien de su patria y la comunidad.

Al subalterno le corresponde dirigirse al superior con respeto y cortesía sin mostrarse tímido ni obsequioso; el superior, a su vez, debe hablar al subordinado con caballerosidad y firmeza, sin usar ademanes suficientes ni despóticos que den a entender que lo considera en un plano de inferioridad; porque no se debe olvidar que tanto el superior como el subalterno laboran en un plano de igual dignidad y en el cumplimiento de sus deberes. La deferencia mutua, entre quien dirige y el dirigido, es la base de la armonía en el trabajo.

Cuando las labores se desarrollan en un ambiente de armonía, lo natural es que se produzca entre quienes dirigen y

los dirigidos el afecto mutuo que fortalecerá el sentido de responsabilidad de la colectividad. No siempre puede el subalterno estar de acuerdo con cuanto ordena el superior, pero no obstante ello debe cumplir lo dispuesto por disciplina y por deber, ya que el dirigido algún día tendrá que dirigir y esperará que sus subalternos también obedezcan, aunque no siempre estén conformes. El superior es responsable de lo que ordena. Dando en esto el mejor ejemplo, todo se simplificará y reinará la armonía.

El deber

Aunque todos los ciudadanos cumplan normalmente con su deber, algunos en forma perfecta, otros regularmente y otros con deficiencia, es un hecho que hoy pocos hablan sobre este tema, pues existe la impresión que el sentimiento del deber fuera algo del pasado. Hoy se citan los derechos, pero rara vez los deberes; sin embargo, el deber lo significa todo para los ciudadanos de una república democrática, tanto en el presente como en el futuro.

Cumplir con el deber es una manifestación externa de un ciudadano responsable, patriota y consciente de las obligaciones que se tienen con nuestros semejantes; es además una satisfacción espiritual que, en cualquier circunstancia, cuando no se sabe qué camino adoptar, indica claramente la mejor solución.

No es fácil cumplir con él y para hacerlo se requiere en ocasiones un gran valor moral y una fuerte voluntad, pues hay circunstancias en que cumplir con el deber aparece, a primera vista, como algo contrario al interés común. El tiempo siempre da la razón a quienes cumplen con su obligación y aquellos que no lo hacen reconocen, aunque sea tardíamente, que lo que más conviene a la comunidad es que todos cumplan siempre y en toda ocasión con su deber. Quienes así proceden son admirados y seguramente envidiados por aquellos de poca voluntad que no tuvieron el valor moral para hacerlo en la forma que la colectividad siempre espera de sus miembros.

Las nociones del sentimiento del deber comienzan en el hogar, en la infancia, y se fortalecen o debilitan con el pasar de los años; el factor que más influye es

el ejemplo de los superiores durante el período de formación de la personalidad del ciudadano y cuando más importancia tiene para el adolescente lo inculcado por sus educadores, con su palabra y su ejemplo.

Si todos nuestros ciudadanos tuvieran un elevado concepto del deber, los problemas nacionales se simplificarían enormemente, y en gran parte tal vez ni existirían, pues la disciplina, tan indispensable a toda colectividad humana, sería ejemplar, las leyes, reglamentos y disposiciones se cumplirían exactamente y la armonía sería casi lo usual. Si así fuere, el progreso de Chile sería mucho más efectivo.

El sentimiento del deber acentúa a su vez otras cualidades de la persona como la lealtad, la abnegación y el honor, pues éstos conducen a cuidar con especial celo el prestigio de la personalidad.

Los chilenos a través de su vida han tenido siempre un elevado concepto del cumplimiento del deber y es así como nuestra historia civil y militar muestra los más bellos ejemplos de sacrificio, abnegación y de valores espirituales que constituyeron la admiración de otros pueblos; nadie da la vida por la Patria o la sirve abnegadamente si no se tiene un alto concepto de sus obligaciones para con ella.

El sentimiento del deber es en verdad la fuerza esencial que necesita una democracia como la nuestra. El acatamiento a las leyes es una exigencia para el hombre libre y debe ser practicado dignamente como una obligación lealmente aceptada sin humillación, vacilación ni temor. No se trata de cumplir por preocupación del castigo, sino por el deber, ley moral que corresponde a una colectividad humana dotada de la personalidad con vida propia y susceptible de pensar y obrar en cuanto a tal; es la personalidad moral colectiva.

Ud. tiene que convencerse que el cumplimiento del deber es necesario y con su ejemplo convencerá a otros. Coopere en esta gran obra nacional.

El patriotismo

El origen de amor a la Patria se remonta a los primeros tiempos de la civilización cuando los hombres de similares

creencias, lenguajes e intereses, eligieron un paraje donde instalar sus hogares y en él se establecieron.

Este sentimiento, a través de los años, ha llegado a adquirir arraigos profundos en los pueblos que debieron luchar con ardor por la integridad de su vida libre y soberana porque los esfuerzos y privaciones propias de cada una de estas luchas, admirables crisoles del valer humano, constituyen la mejor escuela donde el patriotismo se fortalece y purifica.

Así el sentimiento de amor a la Patria, que ha sido templado en el dolor y en el esfuerzo, constituye la más grande herencia ciudadana que se va transmitiendo de una generación a otra, fisiológicamente por la sangre y espiritualmente a través de la historia.

Pocos países nuevos como el nuestro cuentan con tan admirable historia, llena de hechos heroicos que fueron la admiración del mundo entero. Así recordamos a los indomables araucanos de cuyas uniones con la sangre española nace nuestra genuina nacionalidad.

Hombres como O'Higgins, los Carrera y muchos otros no cejan de exponer sus vidas en su noble afán de afianzar la ansiada libertad. Sobrevienen los hechos gloriosos de Rancagua, Chacabuco y Maipú y también en un claro día de esa época gloriosa, O'Brien con una fragata tripulada por chilenos y enarbolando nuestro pabellón nacional nos brinda el primer triunfo en el mar conseguido en el primer combate.

Más adelante Blanco Encalada y Lord Cochrane nos siguen demostrando cuanto vale el patriotismo del chileno al pasear nuestra estrella solitaria, victoriosa y temida, por todos los rincones de este mar que al decir del poeta "nos promete futuro esplendor".

Hace más de un siglo tuvimos que hacer frente a la poderosa España, pero esto no arredra a nuestros conciudadanos que se dicen: hay que defender a la Patria, aunque tengamos que luchar contra el mundo entero y así fue como el comandante de la "Esmeralda", Williams Rebolledo, captura la cañonera "Covadonga", más tarde en Iquique su compañera de glorias y laureles.

Sobreviene en 1879 el 21 de mayo, fecha inmortal, y pasan a ocupar un lugar

preferente en el corazón de cada chileno, ya estrecho para contener a tantos otros, los nombres de Prat, Serrano, Hyatt, Riquelme y Aldea, que junto con 100 marineros mueren heroicamente con la vista fija en su bandera inmaculada representante de la Patria invicta.

Suena el cañón en Tarapacá, Tacna, Arica, Chorrillos y Miraflores que rubrica las victorias en cada uno de estos sitios.

En la pequeña aldea de La Concepción, la 4ª compañía del regimiento "Chacabuco" comandada por el capitán Carrera Pinto se inmola por la Patria cayendo en desigual refriega su comandante, los oficiales, subtenientes Montt, Pérez Canto y Luis Cruz y los 73 soldados que mueren como sus camaradas en Iquique con la satisfacción profunda de haber cumplido con su deber. . .

Orgullosos y agradecidos debemos sentirnos los chilenos por el espíritu que han demostrado en todas las épocas nuestros conciudadanos; porque hechos tan brillantes y sacrificios tan enormes como los por ellos consumados sólo pueden ser realizados por hombres de un temple excepcional y de una moral purísima.

Renegar de la historia es hacerlo de la Patria y quien no ensalza los valores que nos han legado tradición, no merece sino el desprecio de la gente de bien.

Pero el patriotismo no sólo se necesita en la guerra; también en los días de paz el ciudadano debe acordarse constantemente de lo que su Patria espera de él, por difícil que ello sea, pues nos obliga en todo momento a cumplir siempre con el deber, exigiendo de todos gran valor moral y acendrado concepto del cumplimiento de nuestras obligaciones.

Sea patriota y cumpla en toda circunstancia con su deber.

La lealtad

La lealtad es una gran cualidad que no debe faltar en la moral de ningún chileno porque es indispensable para la estabilidad de la disciplina de la comunidad.

La lealtad o compañerismo, como podría también clasificarse, es una virtud que se demuestra prácticamente en honradez y sinceridad, pero no quiere decir

que el compañerismo consista en ocultar algo deshonesto de un compañero ni tampoco en mentir para salvar a un amigo. Uno está obligado a conciencia a decir siempre la verdad, pues cuando no se procede así invariablemente resulta a la larga que la mentira lleva a decir otras y al fin se sabe la verdad con perjuicio de su dignidad.

Para ser leal se requiere firmeza moral, gran autodisciplina y ésta es precisamente una de las grandes fallas de los hombres; por eso procure por todos los medios de fortalecer su voluntad, parte de su honor de hombre libre.

Cuando se recurre a las críticas destructivas también se falta a la lealtad, pues un hombre de bien no puede criticar destruyéndolo todo —es tan fácil encontrarlo todo malo—. ¿Cree Ud. que quienes lo dirigen no tienen más experiencia que Ud.? Lo lógico es que la tengan y por eso antes de criticar hay que estar muy bien informado, pues siempre existen razones de peso que toman en cuenta aquellos con la responsabilidad de las decisiones. Por eso las críticas deben ser constructivas, indicando soluciones basadas en principios morales, reconociendo la verdad y la justicia de los planteamientos en conflicto con un espíritu que respete a todos sin ofender a nadie.

Jerarquía de valores

En toda agrupación humana existe una escala de valores; en la escuela empieza a ver uno esta diferencia; un alumno es el mejor compañero, sobresale por sus virtudes y todos lo estiman y tienen confianza en él; otros sobresalen por su inteligencia y dedicación; otros en nada se distinguen; son normales y figuran entre el término medio de la clase. Asimismo habrá algunos que con dificultad pero perseverancia salen aprobados en todas sus pruebas; éstos tienen voluntad y son tenaces y aunque no los más inteligentes, llegan a la meta. Otros serán normales en sus estudios, pero se destacan por su buen criterio y tienen el don de armonizar con todos y son respetados por sus compañeros de clases; habrá el grupo de los flojos e indolentes que generalmente con buen consejo de sus profesores y estímulos de sus amigos se sobreponen y

llegan a sobresalir —no faltarán quienes siempre están descontentos con todo— y los eternos irresponsables que suelen llegar tarde a clase. Generalmente son los alumnos responsables quienes triunfan mejor en la lucha por la vida. El sentido de responsabilidad es de primera importancia. En este breve análisis se apreciará que desde la escuela, entre los alumnos existen las diferencias con las que se forma la jerarquía de valores. Esta se acentúa con el correr de los años y se verá que algunos compañeros de escuela llegan a sobresalir por sus conocimientos y virtudes, otros serán trabajadores cumplidores de sus deberes y aunque no hayan sobresalido serán ciudadanos responsables y útiles a la comunidad. Otros serán los eternos descontentos que todo lo destruyen con sus críticas, olvidando que ellos nada han hecho para mejorar su propia situación.

Por estas razones puede apreciarse que siempre existirá esta escala de valores que es común a todas las agrupaciones humanas; las clases sociales no debieran existir, pero tampoco deben confundirse éstas con la jerarquía de valores o capacidades que corresponde a las sociedades democráticas en donde el individuo por su esfuerzo personal queda clasificado simbólicamente en esta escala.

Si observamos la organización de una industria se verá que uno es quien la dirige —es el jefe—, otros lo asesoran, pero

él tiene la responsabilidad y es el que adopta las decisiones que influirán en la marcha de la industria. Habrá otros funcionarios que tienen responsabilidad y autoridad para adoptar resoluciones menores, de acuerdo con la doctrina general que ha impuesto el jefe.

En todo esto se observa que la jerarquía de valores es la base de la eficiencia del conjunto. Todos son necesarios, pero cada uno debe estar en el puesto que por sus conocimientos, sentido de responsabilidad y experiencia le corresponde.

Naturalmente que siempre puede haber errores, y eso sería lo humano, aunque en un ambiente normal, cuando los jefes están preparados para la delicada misión de dirigir a sus conciudadanos, es raro que no esté cada cual en el puesto que por su valía le corresponde.

Debemos ser justos y reconocer en aquellos que sobresalen, sus conocimientos y merecimientos.

—Esta es entonces la escala de valores que empieza en la escuela y lo acompañará toda la vida. La educación los irá puñendo y es la obra que deberá efectuarse en Chile; corresponde reconocer los méritos de aquellos más preparados, ya que en justicia deberán ocupar los altos puestos donde se distinguirán por sus actuaciones, sus virtudes, su espíritu de justicia y su buen criterio. No los envidie, trate de imitarlos.

